



Santiago, 7 de Mayo de 1970

Señor  
Fernando Castillo V.  
Rector de la Universidad Católica de Chile.  
Presente.

Respetado Fernando,

En estos momentos tan difíciles para todos nosotros siento la necesidad de dejar constancia de mis pensamientos y sentimientos. Perdóname que lo haga en el mismo tono familiar en que se realiza toda comunicación entre nosotros pero yo creo que esta familiaridad y esta confianza es una de las cosas más valiosas que tú nos has enseñado, y cualquier protocolo sería artificial.

En los quince meses que yo he trabajado en tu equipo he aprendido y comprendido tantas cosas que a menudo me parecía entenderlo todo. Sin embargo, han sido necesarios los acontecimientos de los últimos días y haber atravesado contigo y los otros miembros del equipo rectorial, el doloroso proceso de decisivos últimos para entender verdaderamente



el sentido de esta lucha y los valores que están en juego.

Tú sabes perfectamente que no todos nosotros pensamos idénticamente frente a las cuestiones cotidianas y creo que tal diversidad es esencial para la riqueza de nuestra acción. Desde un punto de vista racional, yo no estoy seguro que todas las decisiones tomadas sean las más adecuadas, pero también he aprendido en estas dudas a confiar en tu profunda intuición frente a situaciones críticas que rebasan el análisis racional.

Quiero expresarte muy enfáticamente mi decisión de continuar trabajando en la obra común con todo el entusiasmo de que soy capaz, dentro o fuera del equipo rectorial y en el rol que se me asigne, cualesquiera que él sea.

Quiero también agradecerte de manera muy especial la continua lección que nos has dado de hombría, responsabilidad y modestia. No recuerdo una sola ocasión en que no hayas cargado con el peso de nuestros errores o decisiones imperfectas o en que hayas dejado de reconocer el valor del aporte - a menudo



UNIVERSIDAD CATOLICA DE CHILE

más modesto de lo que tú crees - de alguno de tus colaboradores.

Bien puedo imaginar los dolores porque has atravesado en estos días y los que necesariamente te esperan en el futuro. Sé que en último término, el que guía una gran obra está profundamente solo. Tú sabes, sin embargo, que en la medida de lo humanamente posible somos solidarios contigo y queremos esa solidaridad muy hondamente.

Después expresándote mi respeto por tu gran tarea que es también nuestra, mi honda admiración a ti como persona y como guía y mi sincero reconocimiento por el privilegio de haber estado a tu lado en este tiempo. Abigo una gran esperanza hacia el futuro, pero si nuestros caminos se separaran siempre mantendré el cariño y respeto por el hombre que tanto me ha dado y enseñado.

Herman Schwember